

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

LUIS MIGUEL ENCISO. EL ITINERARIO VITAL DE UN HISTORIADOR

Luis Miguel Enciso Recio nació en Valladolid el 8 de abril de 1930 y falleció en Madrid el 28 de octubre de 2018. Perteneciente a una conocida familia vallisoletana, fuertemente vinculada a la enseñanza a través de un colegio de bachillerato fundado por su abuelo, y del que él mismo fue profesor y director en su juventud, estudió la carrera de Filosofía y Letras (sección de Historia) en la Universidad de dicha ciudad. En 1952 se licenció con premio extraordinario, vinculándose luego a la docencia de la Historia Moderna y Contemporánea, cuya cátedra desempeñaba el que habría de ser su maestro, Vicente Palacio Atard. En 1952-1953 disfrutó de una beca del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que facilitó la investigación de su tesis sobre “Nipho y el periodismo español del siglo XVIII”, defendida en 1955 y por la que le sería concedido también el premio extraordinario. Entre 1960 y 1965 fue profesor en la Universidad de Navarra, y este último año ganó por oposición la cátedra de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Valladolid, en la que permanecería hasta 1980, año en que se trasladó como catedrático de Historia Moderna a la Universidad Complutense, a la que estuvo vinculado hasta su jubilación en 2001. El 18 de junio de 1999 fue elegido para la medalla número 10 de la Real Academia de la Historia, en la que tomó posesión el 17 de marzo de 2002.

Tales son los datos y fechas básicas de su biografía académica. Detrás de ellos hay buen número de trabajos y realizaciones, difíciles de resumir en unas páginas, pese a la existencia de un nexo de unión evidente entre las distintas facetas de su amplia y variada actividad: el compromiso de un historiador con

su profesión, su país y la sociedad de su tiempo. La dedicación profesional explica su dilatada trayectoria académica, en la universidad y la Real Academia de la Historia; el deber hacia su país quedó patente en su implicación en la política durante los primeros años de la transición democrática; y por último, el interés por la sociedad de su tiempo lo ha demostrado al frente de las sociedades públicas que presidió, marcadas todas ellas por el deseo de unir la celebración de efemérides diversas con la divulgación de la ciencia, la historia o la cultura.

Los múltiples logros obtenidos en tales campos jalonan su destacada trayectoria. Dejaré para el final el primero y principal: el de su profesión de historiador, que constituye la base sobre la que se sustentan los otros dos, y el que le llevó a ser elegido miembro de número de la Real Academia de la Historia.

Efectivamente, su dedicación a la política no se explica sin tener en cuenta su trayectoria previa como catedrático universitario y el desempeño de puestos importantes de gobierno académico (director de departamento, decano, vicerrector), así como su convicción de que la muerte del dictador Franco abría un periodo de incertidumbre que exigía la intervención de las gentes mejor preparadas para garantizar una transición pacífica hacia un régimen democrático. Vivió pues la política como un compromiso ineludible, lo que le llevó a adscribirse al partido Demócrata Liberal fundado por Joaquín Garrigues Walker, con quien le unió una intensa amistad. Posteriormente, dicho partido se integraría en la Unión de Centro Democrático, que ha sido, en realidad, el último partido de notables de la Historia de España, pues estaba integrado mayoritariamente por personas que accedían a la política llevadas por su convicción de que la dirección de los asuntos públicos debía estar en manos de gentes avaladas por el previo éxito profesional o civil. Ideológicamente, Luis Miguel Enciso fue siempre un liberal, en el sentido más amplio de la palabra, el de la defensa de las libertades, que entronca con la Ilustración dieciochesca a la que tantos estudios dedicó en su vida profesional. Era además –y lo fue durante toda su vida– un católico convencido, miembro del Opus Dei en su juventud y sus primeros años en el mundo académico, así como un claro defensor de la Monarquía, ya desde los tiempos en que don Juan de Borbón trataba de mantener sus derechos durante la dictadura.

Fue senador por Valladolid en las Cortes constituyentes, de 1977 a 1979, y la primera legislatura, entre 1979 y 1982, llegando a desempeñar importantes puestos tanto en su partido (miembro del Consejo Político, del Comité ejecutivo, o presidente y portavoz del grupo parlamentario en el Senado), como en la Cámara Alta, cuya Comisión de Asuntos Exteriores presidió entre 1978 y

1980, o en el entorno del gobierno, pues en 1980 y 1981 fue miembro del Consejo de Asuntos Exteriores. Solo el fallido golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 –que vivió encerrado en el Congreso de los Diputados– le impidió ser ministro de Cultura con Leopoldo Calvo-Sotelo, pues las excepcionales circunstancias de aquel momento aconsejaron al nuevo presidente mantener con los mínimos cambios el gobierno de Adolfo Suárez. Su carrera política habría de coincidir con los años de auge de la UCD, si bien hay que decir que él, que había obtenido en las dos elecciones anteriores un fuerte respaldo electoral, no sufrió la fuerte debacle padecida por su partido en las de 1982, pues ya no figuró entre los candidatos.

Años después volvió indirectamente a la política a través de la presidencia de importantes sociedades públicas. Primero en Castilla y León, donde estuvo al frente de la Sociedad V Centenario del Tratado de Tordesillas (1993-1995), y más adelante como Comisario General de España en la Exposición Mundial de Lisboa de 1998 y presidente de la Sociedad Estatal Lisboa 98. En ambas ocasiones tuve el honor de acompañarle como vicepresidente y vicecomisario respectivamente, y pude comprobar su imaginación e incansable capacidad para programar y organizar los más variados actos y celebraciones, respaldados siempre por una dedicación permanente y algo que siempre he admirado en él: la falta absoluta de pereza para llamar por teléfono, sin importarle la accesibilidad o el rango de la persona a quien se dirigiera, una virtud que desbloqueó muchas gestiones y allanó otras. Los catálogos y libros, así como las memorias finales publicadas por una u otra sociedad, son la prueba más duradera de lo mucho que fue capaz de realizar en ambos cometidos, pero también, aunque efímera, la memoria de las muchas personas que participaron o vieron las numerosas exposiciones, asistieron a los varios congresos científicos, e intervinieron o fueron espectadores de las obras de teatro, las actuaciones musicales, los ciclos de cine, los “rallies” de coches antiguos, las exhibiciones ecuestres, las regatas y tantas otras actividades como ideó para dejar constancia de la importancia histórica de España y del destacado nivel cultural, artístico, científico o técnico alcanzado por nuestro país a finales del siglo XX. El éxito logrado por la presencia española en la exposición de Lisboa hizo que Luis Miguel Enciso Recio recibiera otros encargos, como fueron la presidencia de la Sociedad Estatal España Nuevo Milenio (1999-2002), o la de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales (2002-2004), en las que desarrolló también múltiples actividades.

Su capacidad de organización y gestión se había desarrollado en el curso de su larga vida universitaria, no solo en los cargos académicos que desem-

peñó, sino también en un terreno poco transitado por los catedráticos de Historia de las universidades españolas en las difíciles circunstancias de los años finales de la dictadura. Me refiero a la apertura de las aulas a la intervención de los más prestigiosos especialistas internacionales, gracias a la creación de plataformas específicas que permitieran complementar la formación de sus alumnos. La más importante de todas es la Cátedra Felipe II, que en 2019 cumplirá medio siglo de vida y que fue una idea suya, basada en la colaboración de la Universidad con otras instituciones y entidades que aportaban financiación. Gracias a ella, se han venido celebrando cursos anuales de un par de días de duración, encomendados en cada ocasión a un historiador distinto, español o extranjero, lo que —ya en los tiempos en que yo me formaba— nos permitió conocer a los grandes expertos en el reinado del monarca vallisoletano, todo un lujo en la universidad española de aquellos años, que no tuvo parangón en ninguna otra facultad de Historia. A la conclusión de cada curso, las enseñanzas del profesor invitado daban lugar a un pequeño libro integrado en la prestigiosa colección “Síntesis”, ampliamente conocida y difundida. Es cierto que Valladolid contaba y cuenta con la enorme ventaja que supone la cercanía del Archivo General de Simancas, por el que pasan habitualmente todos los hispanistas dedicados a la Edad Moderna. Especial importancia tuvieron dos personajes con quienes entabló una relación más intensa: el francés Henry Lapeyre, quien en los años setenta desarrolló en el Departamento de Historia Moderna cuatro interesantísimos cursos de historiografía, publicados luego en un volumen de la colección “Estudios y Documentos”, y el italiano Federigo Melis, para quien consiguió el nombramiento de doctor *honoris causa* por la Universidad de Valladolid, actuando como padrino en el acto de su investidura. Todo ello supuso un estimulante soplo de aire fresco en aquella época dura, en la que Luis Miguel Enciso, quien siempre detestó al general Franco, ponía su grano de arena en favor de la transición pacífica que él deseaba, mediante la formación abierta y moderna de los futuros historiadores y profesores de historia que éramos sus alumnos de entonces.

En los años en que fue director del Departamento de Historia Moderna de la Universidad Complutense, o también desde su cargo de Vicedirector de los Cursos de Verano de dicha Universidad en El Escorial, mantuvo la capacidad de organización y gestión de cursos específicos que había iniciado en Valladolid, mediante la organización de importantes congresos, jornadas y reuniones científicas. Fruto de la misma fue el encargo que le hizo el Consorcio para la Organización de Madrid, *Capital Europea de la Cultura 1992*, de hacer un congreso internacional sobre “El Dos de Mayo y sus Precedentes”. Más adelante, en las

numerosas actividades que impulsó como presidente de sociedades públicas, concedió un papel destacado a los congresos de Historia, así como también a las exposiciones artísticas, de todo lo cual queda constancia gracias a la edición de las actas y catálogos, siempre esmerada, a la altura de unas reuniones y exposiciones que destacaban por la buena organización y la calidad.

La alusión a la cátedra “Felipe II”, los ciclos de conferencias o los congresos nos lleva a detenernos en su dedicación profesional, el primero y más importante de los tres compromisos de los que hablaba al principio. Luis Miguel Enciso fue durante medio siglo un magnífico profesor de Historia Moderna y Contemporánea, además de un destacado investigador y un activo y prolífico maestro de historiadores. La cátedra que obtuvo por oposición abarcaba ambas edades, como era habitual en aquellos años, por lo que la escuela que creó en la Universidad de Valladolid incluía modernistas y especialistas en Historia Contemporánea. Más aún, él fue el creador del Departamento de Historia Contemporánea y el iniciador del contemporaneismo en la universidad vallisoletana. Su traslado a la Complutense, no obstante, se hizo ya en una época en la que la evolución de los estudios había llevado a la separación definitiva de dichas especialidades, lo que acabaría reforzando su condición de modernista.

Sus investigaciones han abarcado campos distintos. El principal de ellos es, sin duda, el siglo XVIII español, de cuyo estudio fue uno de los pioneros, lo que suponía una evidente novedad en unos años en los que la historiografía oficial, que primaba la obra de los Reyes Católicos y las “glorias imperiales” de la primera Edad Moderna, despreciaba dicha centuria por extranjeroizante y afrancesada. Sus diversos libros y artículos han desbrozado el conocimiento de temas como la prensa, la opinión pública, las imprentas, los establecimientos industriales, el comercio con América, la burguesía, la cultura de la Ilustración, la recepción de la Enciclopedia en España, las sociedades económicas de Amigos del País, la ciencia, las reformas universitarias de Carlos III, los viajeros, la Iglesia, la Inquisición, la cultura literaria o los efectos de la revolución Francesa en nuestro país. Se ha interesado asimismo por diversos personajes destacados, como Jovellanos, Campomanes o el padre Enrique Flórez, y también por la política exterior, especialmente en relación con Italia, otra de sus pasiones historiográficas, como veremos más adelante. En cuanto a los periodos, ha estudiado todo el siglo, aunque su interés prioritario se centra en los reinados de Carlos III y Carlos IV. Sus amplios conocimientos sobre la centuria ilustrada le llevaron, en los años ochenta, a elaborar diversos capítulos para los tomos XXIX y XXXI de la Historia de España fundada por Menéndez Pidal, así como a la publicación

de varios libros de síntesis, culminados por el que lleva por título: *La Europa del siglo XVIII*, editado por Península en 2001.

Sus publicaciones como modernista abarcan también otros muchos temas y periodos históricos. Se ha ocupado así de Valladolid y Madrid, las dos ciudades principales en su vida personal y universitaria, pero también de la ciudad y el reino de Valencia, del reino de Nápoles —a cuyo estudio en la Edad Moderna se han dedicado varios de sus discípulos— o de los efectos del Tratado de Utrecht en Italia. Sus diversos trabajos recorren prácticamente toda la cronología del modernismo hispano, desde los Reyes Católicos y el tratado de Tordesillas hasta la crisis del Antiguo Régimen, con escritos relativos al reinado de Carlos V, a su hermano el emperador Fernando I, el tercer duque de Alba, o al largo periodo de los tres Felipes. Uno de sus temas principales es la historia de la cultura, el pensamiento y la opinión pública, pero ello no le ha impedido abarcar otros muchos aspectos, con un particular interés por la historia política.

Especial importancia ha tenido su papel como iniciador del italianismo en la historiografía española. Apasionado siempre por el arte, la cultura, la historia, el sentido de la belleza, la estética y la capacidad de saber vivir de los italianos, desde comienzos de los años setenta impulsó diversas investigaciones centradas en el estudio de la Italia española de los siglos XVI y XVII, que fueron el inicio de una escuela hoy importante y reconocida, y abrieron a los historiadores de nuestro país una perspectiva nueva. En este aspecto conviene resaltar, una vez más, el carácter innovador de su actuación, pues en aquellos años la historiografía española, excesivamente fascinada por la historia económico-social de matriz francesa, apenas se planteaba otras cuestiones que no fueran el estudio de las gentes que vivieron anteriormente en el entorno vital del historiador, con la particularidad, además, de que se miraba mal —y en cierta forma se menospreciaba— a quien tuviera la osadía de ocuparse de la entonces desprestigiada historia política, y mucho más si ni siquiera de trataba de la del país del propio historiador. A esta dificultad había que añadir otra no menos importante: la pérdida en la cultura historiográfica hispana de la conciencia de lo que había sido y significado en los siglos de la Edad Moderna la Monarquía de España, una realidad política que iba mucho más allá de los límites de la España actual, los únicos que interesaban en aquel tiempo a los historiadores. Aún recuerdo la frecuencia con la que, a quienes investigábamos sobre los reinos de Nápoles o Sicilia en los siglos XVI y XVII, se nos consideraba estudiosos de las relaciones internacionales.

El interés historiográfico de Luis Miguel Enciso, como catedrático también de Historia Contemporánea, ha abarcado asimismo diversos temas y cuestiones relativos a la España de los siglos XIX y XX, y entre ellos el estudio de la transición política iniciada en España a mediados de los años setenta, de la que fue, como ya se ha indicado, un destacado protagonista. Él gustaba definirse como un especialista en generalidades, pero en realidad era un historiador de raza. Alguien que, partiendo de una sólida formación y una notable capacidad de análisis de las fuentes y la bibliografía, era capaz de escribir sobre las cuestiones más variadas, por muy alejadas que pudieran parecer de sus campos específicos de especialización. Solo así puede entenderse su facilidad para aceptar los más diversos encargos, que cumplía luego de forma plenamente satisfactoria, con trabajos extensos, llenos de conocimientos y sugerencias, y acompañados siempre por una abundantísima bibliografía. Entre otros posibles ejemplos, citaré su artículo sobre la historia del perfume, espléndido modelo de su excepcional capacidad para afrontar desde la visión del historiador cualquier tema que se le propusiera, dando a cuanto emprendía un aire intelectual y sofisticado.

Capítulo esencial de su extensa obra escrita son los prólogos, un género que él siempre reivindicó y al que dedicaba mucho tiempo, empeñado en conocer a fondo tanto la trayectoria del autor como el contenido del libro prologado. Muchos de ellos los destinó a las primeras obras de sus numerosos discípulos, pero no solo, pues escribió también los de los diversos volúmenes editados en la colección Síntesis de la Cátedra “Felipe II”, así como otra larga serie de ellos a petición de los autores respectivos, concedores de su disposición y facilidad para escribirlos. En más de una ocasión, cuando el libro estaba ya avanzado en la imprenta e íbamos a su despacho a pedirle que nos escribiera el prólogo, nos decía: “No te preocupes. Será breve”, al objeto de que pudiéramos calcular el volumen total que habría de tener el libro una vez que incorporásemos su texto. Hace unos meses, sus discípulos decidimos dedicarle el merecido homenaje impreso que le debíamos, editando con el título de “Será breve”, diecinueve prólogos que escribió para nosotros. Fue una iniciativa afortunada, sobre todo porque le llegó a tiempo y pudo disfrutar de ella, emocionado —nos decía— por el gesto de gratitud y amistad que dicho libro le había supuesto.

Su facilidad para escribir estaba íntimamente unida a la que tenía para hablar. Cultivador toda su vida del arte de la oratoria, había llegado a alcanzar una notable elocuencia. Su escuela principal fueron las muchísimas clases impartidas a lo largo de su dilatada carrera académica. Avanzada ya esta, tuvo que hablar en

público en bastantes de los numerosos actos oficiales en que participó durante los años en que intervino en la política o presidió las ya aludidas sociedades públicas. También le gustaba hacerlo en celebraciones y actos de carácter privado. Era una habilidad que procuraba estimular en sus discípulos, y que practicaba con extraordinaria brillantez, habitualmente sin papeles e improvisando. Lástima que a las palabras –a diferencia de las publicaciones– se las lleve el viento, pues salvo el grato recuerdo de quienes le escuchamos –o algún video que pueda localizarse en la red–, no queda ya huella alguna de las mismas.

La mención de su obra académica e historiográfica quedaría incompleta si no aludiéramos a un aspecto substancial de la misma: su importante y fecundo magisterio universitario, que le permitió crear una importante escuela de modernistas en las Universidades de Valladolid y Complutense, así como también de contemporaneistas en la primera de ellas. No siempre la labor académica de un historiador destacado va acompañada, como sería deseable, de la formación de discípulos, pues ello depende de múltiples elementos, entre los que ocupa un lugar destacado su propio carácter, capacidad formativa y generosidad. No en vano, Luis Miguel Enciso ha sido uno de los maestros más prolíficos de su generación de catedráticos universitarios en las facultades de Historia; la generación que –no lo olvidemos– abrió la historiografía española a una profunda renovación de planteamientos y perspectivas, acorde con las corrientes que dominaban fuera de nuestras fronteras. Gracias a él, los departamentos de Historia Moderna y Contemporánea de Valladolid fueron un modelo de tolerancia en los difíciles años setenta, pues su máxima fue siempre la selección de los alumnos más capacitados con independencia de la ideología o militancia política de cada uno. Hubo así, al tiempo, gentes de derechas y de izquierdas, incluidos entre estos últimos dos futuros parlamentarios del partido socialista. Tal ambiente propiciaba el estudio y la dedicación profesional, ya fuera a la confección de nuestras tesis o a las clases ocasionales que teníamos que impartir como ayudantes. Tanto en Valladolid como en Madrid, los temas de investigación en los que nos hemos ido especializando sus discípulos son tan variados como lo eran sus intereses historiográficos. Entre otros, citaré la industria y el comercio en el siglo XVIII, las sociedades económicas de Amigos del País, el problema de los vagos en la centuria ilustrada, las obras públicas en tiempos de Carlos III, los orígenes del Correo en España, el revisionismo italiano de tiempos de Felipe V, el teatro en el siglo XVIII, o la Italia española de los siglos XVI y XVII. En Historia Contemporánea, las investigaciones que impulsó, centradas sobre todo en el siglo XIX, estudiaron la desamortización, la prensa, la universidad, la segunda enseñanza, la asistencia social, los hospitales...

En una época en la que la historiografía en boga oscilaba entre el estructuralismo económico-social y el marxismo, Luis Miguel Enciso fue un maestro universitario atípico. Lejos por su propia índole de cualquier postura estricta, y enemigo por naturaleza de las andaderas mentales que implica toda ideología, supo hacernos entender la investigación y el conocimiento histórico como el resultado de un esfuerzo personal por comprender, basado en la formación del historiador, su capacidad para analizar las fuentes, y la actitud honesta de buscar la realidad de los hechos y procesos sin ideas rígidas o explicaciones preconcebidas que pudieran desfigurar su mirada. La historia era para él una parte sustancial de la cultura y de la vida, cuyo conocimiento exige, al tiempo, una sólida base formativa y una evidente capacidad para disfrutar de la existencia. Por ello desconfió siempre de los historiadores de vida austera y estricta, convencido de que, para entender el pasado, es necesario amar la vida y experimentar a diario el goce de la existencia.

Enemigo del intrusismo, tan frecuente en el terreno de la historiografía, creyó siempre en la profesión de historiador y en la necesidad de prestigiarla y dignificarla, entre otras cosas mediante el pago adecuado de los trabajos que se le encomiendan, habitualmente escaso e incluso inexistente. El historiador debía ser para él como el médico, el abogado, el arquitecto o cualquier otro profesional universitario, sin que el amor a su quehacer, como ocurre con tanta frecuencia, sirviera de excusa para no pagar sus servicios. De acuerdo con ello, en los tiempos en que dirigió las diversas sociedades públicas, elevó considerablemente la remuneración de los conferenciantes y ponentes de los congresos, lo que estimuló sin duda la asistencia de los más prestigiosos especialistas, españoles y extranjeros.

Tal deseo de reconocimiento profesional de los historiadores era plenamente compatible en él con una fuerte pasión intelectual por la historia. Enemigo de la ociosidad e incapaz de estar inactivo, continuó trabajando después de su jubilación. Muchos de sus estudios más recientes han ido apareciendo estos años en el Boletín de la Real Academia de la Historia, cuyo servicio editorial ha acogido también algunos libros suyos. El tomo CCXV del Boletín, correspondiente a mayo-agosto de 2018 y aparecido semanas antes de su fallecimiento, incluye el último de sus trabajos, un extenso artículo titulado “La dimensión humana, política y cultural del Infante D. Luis Antonio de Borbón y Farnesio”, tan exhaustivo y documentado como todos los suyos, que acabó de escribir poco antes del verano, como me confesó satisfecho en una de nuestras frecuentes conversaciones.

Más allá de sus indudables capacidades y sus fecundas realizaciones, Luis Miguel Enciso destacaba por sus cualidades humanas. Sé bien que es una práctica habitual ensalzar las virtudes de las personas desaparecidas, con independencia muchas veces de la realidad. En esta ocasión, sin embargo, no solo creo firmemente en lo que digo, sino que cuantos le conocieron —y por supuesto, los miembros de esta Real Academia— saben perfectamente que mis palabras no son el producto de la amistad, la devoción o el agradecimiento. Era un hombre noble, bueno y generoso, incapaz de rencor, compasivo y dotado de un fortísimo sentido de la amistad. Una de sus ocupaciones esenciales, durante los últimos años, consistía en organizar todos los martes comidas de tres o cuatro personas en casa de nuestro compañero enfermo, el académico José Alcalá-Zamora y Queipo de Llano, fallecido cuando aún estaba húmeda la tinta de este escrito. Para participar en ellas, llamaba a muchos de los amigos de ambos, entre los que nos contamos buen número de miembros de esta Real Academia, fieles a sus periódicas convocatorias. Él asistía a todas y solía orientar la conversación, pendiente en todo momento de agradar a Alcalá-Zamora, cuyo carácter y aficiones conocía tras una amistad de muchos años. El menú era siempre el mismo: unos sabrosos bocadillos de jamón ibérico que Luis Miguel costeaba, salvo en las raras ocasiones —sobre todo, ya al final— en que permitía que alguno de nosotros nos hiciéramos cargo.

El culto que Luis Miguel Enciso profesaba a la amistad fue particularmente importante a la hora de abrir puertas a los discípulos suyos que nos dedicábamos a la historia de la Italia española, los cuales nos hemos beneficiado sobre todo de la que le unía con dos de los grandes hispanistas italianos de su generación: los profesores napolitanos Luigi de Rosa y Giuseppe Galasso. Al primero, fallecido en 2004, le dedicó en los meses posteriores un par de reseñas necrológicas impregnadas de sentimiento y de un conocimiento profundo de lo mucho que había significado en la historiografía de la segunda mitad del siglo XX. En cuanto a Galasso, que tenía su misma edad, sé bien cuanto le afectó su reciente desaparición, en febrero de 2018. Para entonces, Luis Miguel Enciso padecía ya la enfermedad que habría de acabar con su vida, lo que no le impidió mantener —salvo en los periodos de hospitalización— su actividad de siempre. Continuaba yendo a diario al despacho que poseía cerca de su domicilio madrileño, con la misma disciplina de horarios que había procurado seguir durante toda su vida. Todos los viernes por la tarde acudía a las juntas ordinarias de la Real Academia de la Historia, como lo hizo por última vez, el 4 de octubre, a la sesión inaugural del curso 2018-2019. Era también un asiduo asistente a los diversos ciclos de conferencias y cuantas actividades

organizara la Academia, por lo que su ausencia en los últimos tiempos era motivo de alarma para todos sus compañeros de corporación. Hasta un año antes de su muerte, cuando fue hospitalizado por vez primera, no empezamos a darnos cuenta de que su final se acercaba, pese a lo cual, continuó manteniendo el aspecto bien cuidado y la elegancia de siempre. Detestaba la vejez, convencido de que no se trata tanto de una cuestión de calendario, cuanto de una disposición mental que exige no rendirse, esforzarse por superar las adversidades derivadas del paso del tiempo y, sobre todo, mantener la cabeza activa y abierta a la comprensión de la realidad.

Detrás de todo ello estaban tres de los rasgos esenciales de su carácter: la vitalidad, el optimismo y la alegría de vivir, a los que unía otros como la simpatía, el permanente buen humor, o la capacidad de disfrutar de cuanto le rodeaba, consciente de la necesidad de aprovechar el tiempo, el *carpe diem* de los latinos. Su amplia familia y sus amigos eran para él un don maravilloso, que le acompañó durante toda su vida. Como en el caso de cualquier otro historiador eminente, queda de él la huella de sus publicaciones y realizaciones, pero, sobre todo, a cuantos tuvimos la fortuna de participar del amplio mundo de sus afectos nos acompañará siempre el recuerdo vivo de sus valores y virtudes.

LUIS RIBOT